

haber ayudado al dueño en la tarea de meter objetos en el escondite; y á estas verdades dolorosas y horribles, agrega el vulgo sus amenas leyendas de prodigios y seres fantásticos.

El gobernador el-Abbassi nos acompañó, al caer el día, hasta el campamento, que se hallaba levantado á dos horas de distancia de su morada, en un prado lleno de flores y abundante en tortugas, entre el río Da, que allí cerca se divide en gran número de canalizos, y una bella colina coronada por una tumba de santón, con cúpula verde. A un tiro de fusil de nuestras tiendas levantábase un aduar, rodeado de pitas y chumberas, cuyos habitantes salieron de sus moradas para vernos pasar. Entonces pudimos comprender hasta qué punto el gobernador el-Abbassi era querido de su pueblo. Ancianos que apenas podían sostenerse en pie, muchachos, hombres formales, mozos imberbes, todos se precipitaban á su encuentro para que les pusiera la mano sobre la cabeza, y se marchaban contentos y satisfechos, volviendo atrás la cabeza para contemplarlo con indecible expresión de afecto y gratitud. Mas ni siquiera la presencia de tan amado gobernador pudo ponernos á cubierto de las miradas amenazadoras y de los acostumbrados improperios. Las mujeres medio escondidas detrás de los setos, levantaban con una de sus manos á uno de sus pequeñuelos para que el gobernador les bendijera, en tanto que con la otra nos señalaban á otro mayorcillo, diciéndole que éramos unos perros. Chiquillos vimos que no levantaban del suelo dos palmos, completamente desnudos, y que á duras penas se podían sostener, viniendo á nuestro encuentro á tropezones, y diciendo, mostrándonos su puño tamaño como una nuez:

—¡Maldito sea el padre que te engendró!

Y como temían acercarse uno á uno, reuníanse siete ú ocho, y así estrechados, formando un grupo que se habría



El gobernador Bekr-el-Abbassi

podido llevar en una bandeja, adelantábanse con aire amenazador, hasta diez pasos de nuestras mulas, desde cuyo sitio balbucían los insultos que apenas sabían pronunciar. ¡Qué gracia nos hicieron! Especialmente un grupo que se adelantó hacia Biseo, para manifestarle el deseo que tenían de que se viera asado no sé cuál de sus parientes, nos divirtió sobera-



namente; pues como el pintor levantara el lápiz, retrocedieron aterrorizados los dos primeros que, empujando á los que les seguían, dieron con todo el ejército patas arriba, sin que del percance ni ellos mismos se librasen. Hasta el gobernador prorrumpió en una ingenua carcajada.

## ARCILLA

**D**ESPUÉS de haber contemplado el espectáculo de las grandes ciudades decaídas, de un pueblo moribundo y de un país bello, pero triste; después de tanta soñolencia, tanta decrepitud, tanta ruina, he ahí el trabajo eterno y la inmortal juventud, el aire que reanima la sangre, la belleza que vuelve la alegría al corazón, la inmensidad sobre la cual se espacia el espíritu! ¡He ahí el Océano! ¡Con qué estremecimiento de placer lo saludamos! ¡La inesperada aparición de un amigo ó de un hermano no nos habría sido más grata que la vista de aquella lejana curva luminosa, que cual luz inmensísima cortaba delante de nosotros á cercén los tallos carcomidos del islamismo, la esclavitud y la barbarie, y al par semejaba que condujera más libre y veloz nuestro pensamiento á Italia! — ¡*Bahr-el-Kibir!* (El mar grande), — exclamaron algunos soldados. Otros dijeron: — ¡*Bahr-el-Dholma!* (El mar de las tinieblas). — Todos, involuntariamente, apresuramos el paso: las conversaciones que comenzaban á languidecer se reanimaron: los esclavos entonaron cánticos sagrados: la caravana entera en breves minutos tomó un aspecto de fiesta y alegría.